

EL CUARTO DE ATRÁS DE CARMEN MARTÍN GAITE: UNA NOVELA RENOVADORA

Ana María Alonso Fernández

IES Pérez de Ayala

anamafe@educastur.org

Introducción

Carmen Martín Gaité (Salamanca, 1925- Madrid, 2000), es una de las principales voces narrativas del siglo XX. Licenciada en Filología Románica por la Universidad de Salamanca, se doctoró con una tesis sobre los usos amorosos del siglo XVIII, tema que luego desarrollaría en ensayos como *Usos amorosos del dieciocho en España* y *Usos amorosos de la posguerra española*. Inició su carrera literaria con *El balneario* (1955), con la que obtuvo el Premio Café Gijón. Posteriormente vendrían *Entre visillos* (1957, Premio Nadal), *Retahílas*, *El cuarto de atrás* (Premio Nacional de Literatura, 1978), *Nubosidad variable* y *Caperucita en Manhattan*. Además de novelista, fue ensayista, traductora y guionista, y recibió galardones como el Premio Príncipe de Asturias (1988) y el Premio Nacional de las Letras Españolas (1994).

Su producción tiene como elementos centrales la introspección, la identidad femenina, la incomunicación y la memoria. Desde sus primeras novelas neorrealistas, como *Entre visillos*, retrata la vida provinciana y las limitaciones sociales impuestas a las mujeres en la España de posguerra. El intimismo, el diálogo interior, la búsqueda del interlocutor y la reconstrucción del pasado son también ejes de sus creaciones. También explora el poder de la fantasía y lo maravilloso.

Martín Gaité se caracteriza por una prosa sencilla, precisa y profundamente expresiva, que combina el realismo con elementos fantásticos y oníricos. Su dominio del lenguaje coloquial y los matices del habla cotidiana permiten que sus personajes se expresen con autenticidad y riqueza psicológica. Utiliza con frecuencia narradores en primera persona, alternando perspectivas para crear una polifonía que enriquece la experiencia del lector. Además, su estilo destaca por la introspección, el tono confesional, el uso de metáforas

evocadoras y una estructura narrativa que a menudo rompe con la linealidad tradicional para dar paso a la memoria y la reflexión sobre el acto de escribir.

La obra que vamos a analizar corresponde a la década de los años 70: *El cuarto de atrás* (Premio Nacional de Literatura en 1978). Es un texto adscrito a la autoficción y al género fantástico.

En los años 70 se produce en la narrativa española un cansancio de la experimentación formal predominante en la década de los 60, y una vuelta al relato tradicional y al argumento desde una óptica irónica y distante. Se produce una influencia de los medios de comunicación, que impulsan el gusto por géneros como la novela-reportaje, siguiendo el esquema del periodismo de investigación, y la cultura de masas. Existe además un acercamiento a la *subliteratura*, con géneros como la novela negra, la romántica o el relato de aventuras. Se cultivan también la novela lírica, la novela histórica, la sentimental y erótica y el microrrelato.

A continuación pasaremos a analizar *El cuarto de atrás* desde un punto de vista temático y formal para mostrar que esta novela es una de las obras más singulares y sugerentes de la narrativa de los años 70.

Temas

El tema central de *El cuarto de atrás* es el vínculo entre la historia y la experiencia personal, como sucede en otras obras de la autora: “El rescate que Carmen Martín Gaité hace de la España de la inmediata posguerra es sin duda ejemplar porque incluye las huellas de su propio paso” (Teruel, 53).

Los recuerdos personales se mezclan con los históricos. Así, el enamoramiento juvenil se confunde en la mente de la narradora con las referencias a los sucesos de actualidad: “estaba harta de oír la palabra fusilado, la palabra víctima, la palabra tirano y la palabra militares, la palabra patria, la palabra historia” (Martín Gaité, 130). Recuerda la narradora que comenzó a escribir en Salamanca, durante la guerra, para refugiarse del frío o de los bombardeos. Rememora los refugios y cómo vio a Franco y a su hija en un acto oficial: “Carmencita Franco miraba alrededor con unos ojos absolutamente tediosos y tristes (...) pensé que a qué jugaría y con quién, se me quedó grabada su imagen para siempre, era más o menos de mi edad, decían que se parecía algo a mí” (Martín Gaité, 141).

En el texto se cita a políticos de su infancia como si fueran personajes de ficción: “cuando los veía retratados en los periódicos me parecían tan fantásticos como Wifredo el Velloso y la sota de bastos, personajes de una baraja con la que se podían hacer libremente toda clase de combinaciones” (Martín Gaité, 2006). Cuando Franco llega al poder toda esa ensoñación adquiere una realidad no exenta de tragedia: “es el primer gobernante que yo he sentido en mi vida como tal, porque desde el principio se notó que era unigénito, indiscutible y omnipresente” (Martín Gaité, 2006). Con su muerte la autora siente que el tiempo vuelve a existir.

La autora se recrea en los detalles cotidianos al evocar de manera nostálgica su infancia: “mi infancia y mi adolescencia las recuerdo, a pesar de todo, como una época muy feliz. El simple hecho de comprar un helado de cinco céntimos, de aquellos que se extendían como un molde plateado entre dos galletas, era una fiesta” (Martín Gaité, 2024, 148).

Los sueños son un elemento temático recurrente. La obra comienza con la narradora intentando dormir y al cerrar los ojos se le agolpan los recuerdos de la niñez, a los que intenta dar sentido sin lograrlo: “También si cierro los ojos me visita una antigua aparición inalterable: un desfile de estrellas con cara de payaso que ascienden a tumbos de globo escapado y se ríen con mueca fija (...) Pretender al mismo tiempo entender y soñar: ahí está la condena de mis noches” (Martín Gaité, 85, 86).

El sueño simboliza la entrada en el proceso de escritura, y el acto de escribir “es un intento de encontrar un nuevo marco desde el cual se interpreta el pasado. Entonces, el significado de la vida se da retrospectivamente en el momento de la escritura” (Ruth Montaña, 210)

El cuarto de atrás es un lugar convertido en despensa en la época de la escasez, y también simboliza la creación literaria: “son numerosas las afirmaciones sobre el poder terapéutico de la escritura en la historia particular de la mujer que es su autora” (Teruel, 55). La literatura es un refugio, una supervivencia. El cuarto es descrito al comienzo como un lugar lleno de libros, cada uno con su historia y vida propia: “en cuanto dejas un libro encima de un radiador, enseguida cría” (Martín Gaité, 92).

Las referencias al cuerpo abundan en *El cuarto de atrás*. Ya en el capítulo inicial la narradora destaca la importancia del corazón como símbolo del interior,

“con nuestras ansiedades, decepciones y entusiasmos. Tictac... todavía tiene cuerda” (Martín Gaité, 101).

También se alude a los problemas de oído de la protagonista, y a los dolores de estómago cada vez que el hombre la incomoda: “siempre que pierdo los estribos me pasa lo mismo, que enseguida la irritación se vuelve sordamente contra mí. La siento oscilar en el estómago” (Martín Gaité, 111). El dolor de oídos es una metáfora de su interior: “es una sensación de vértigo interior, que acentúa la confusión de todo. Desde que oigo peor, he perdido la seguridad, voy como a tientas” (Martín Gaité, 194).

La vista es otro de los sentidos a los que se alude en *El cuarto de atrás*. Cuando la narradora cierra los ojos se sumerge en el mundo de la melancolía y los recuerdos: “Cierro los ojos, invadida por una repentina languidez” (Martín Gaité, 114).

El miedo y la atracción del abismo aparecen en varios pasajes de la novela. A la narradora le asusta la oscuridad y la tormenta, y aunque ella afirma que de pequeña le gustaban las tormentas y que le daban un “miedo distinto”, su interlocutor afirma: “Del miedo nunca se ha sabido nada, hablamos de él por hablar” (Martín Gaité, 113). Cuando en el capítulo tercero la narradora da la luz se disipan los miedos y la cucaracha desaparece.

El tema de los juegos es el eje central del capítulo cuarto, titulado “El escondite inglés”. La narradora recuerda con nostalgia los juegos de infancia, que no tienen cabida en un mundo cada vez más individualista: “Jugábamos a tantas cosas en aquella plaza (...) también había juegos de estar en casa, claro, de esos sigue habiendo, pero los de la calle se están yendo a pique” (Martín Gaité, 185).

La locura está presente en el libro y se manifiesta en varios pasajes como un estado que persigue a la protagonista: “siempre he mantenido con la locura unas relaciones epicúreas, de tira y afloja, de fascinación y cautela” (Martín Gaité, 221). Recuerda a su padre leyendo el *Elogio de la locura*, y cómo recomendaba su lectura puesto que la locura puede tener aspectos positivos.

Espacio y tiempo

En *El cuarto de atrás*, el cuarto se convierte de manera metafórica en el mundo interior de la narradora, un lugar mítico donde caben sus deseos,

esperanzas y temores. El aislamiento que le proporciona este espacio es su señal de identidad y de fantasía: “el cuarto era solo mío y, si encendía la luz, no molestaba a nadie (...) podía encender la luz, levantarme, darme un baño a medianoche (...) vestirme con un traje de gasa, tomar el ascensor y salir a una ciudad cuajada de luces” (Martín Gaité, 90). El cuarto es una entidad cercana al mundo de lo onírico, parece un lugar ficticio y lleno de sombras y objetos que se amontonan de manera caótica: ¡Qué aglomeración de letreros, de fotografías, de cachivaches, de libros” (Ídem, 92). Allí colgado de la pared hay también un grabado, “Conferencia de Lutero con el diablo”, que anticipa la aparición del hombre de negro en el siguiente capítulo. La visión del cuarto de atrás se expone en el capítulo tercero: “me lo imagino también como un desván del cerebro” (Martín Gaité, 169).

Hay numerosas alusiones a los espacios reales transitados por la narradora: Salamanca, los veranos en Orense o Madrid, cuando iban durante las vacaciones de Navidad y Semana Santa, o el barrio madrileño donde su padre estudió Leyes, que ha perdido el señorío de antaño: “subía por dentro de las barandillas y se le oía chirriar desde todas las habitaciones de la casa, como una carcoma intermitente; solía detenerse de preferencia en la pensión del segundo” (Martín Gaité, 154).

Otros espacios son anhelados y vividos a través de canciones, como Cúnigan, que da título al tercer capítulo del libro: “de Cúnigan, a decir verdad, yo tenía una idea muy imprecisa, los únicos datos sobre aquel lugar me los había suministrado una breve canción” (Martín Gaité, 197).

El capítulo sexto se titula “La isla de Bergai”. Este lugar, dice la narradora al hombre de negro, es un espacio inventado por la narradora y su amiga de infancia como un refugio mental: “se inventó precisamente de la escasez, como todas las fantasías, como todos los amores que merecen el nombre de tales” (Martín Gaité, 250).

El caos que impera en el cuarto de la narradora se relaciona con su concepción de la libertad: “el que los objetos no estén en su sitio fijo, es decir, que estén en desorden, los hace más amigos de uno” (Martín Gaité, 72).

El rescate del tiempo se produce mediante la unión del género fantástico, el diálogo con el hombre vestido de negro y la propia escritura. La narradora constata que la vida no es la que se vivió, sino la que se recuerda. Cuando

empieza a hablar con el hombre de negro y le confiesa que no está escribiendo nada porque no se acuerda, él le pide que haga memoria.

El ansia de libertad de la narradora y su alejamiento de las costumbres y las normas se advierte en varios pasajes, en los que recuerda la monotonía que marca el ritmo de la casa: “me sentía tragada por una ballena; se me propagaba todo el bostezo de la casa con su insoportable tictac de relojes y su relucir inerte de plata y porcelana, templo del orden” (Martín Gaité, 157).

En el capítulo cuarto la narradora compara el juego del escondite inglés con el paso del tiempo, porque “el tiempo transcurre a hurtadillas, disimulando, no le vemos andar. Pero de pronto volvemos la cabeza y encontramos imágenes que se han desplazado a nuestras espaldas” (Martín Gaité, 192).

Los géneros literarios

El cuarto de atrás destaca por la mezcla de géneros. Se puede considerar “libro de memorias, relato de misterio y ensayo sobre literatura y autocrítica literaria” (Teruel, 30).

La novela se construye como un discurso autobiográfico. Es no obstante una autobiografía que no reproduce los hechos vividos desde un punto de vista realista, sino que los recuerdos se desdibujan y se mezclan con el sueño. Además no se sigue un orden cronológico, sino que se mezclan los recuerdos de manera aleatoria. La narradora recuerda por ejemplo la emoción de su primer viaje al extranjero a Coimbra gracias a una beca, los amores juveniles y los veranos en Orense.

La autobiografía se relaciona con la escritura de un diario, que aparece en varios pasajes, como el momento en que la autora recuerda la escena del cementerio de coches y el Pontiac paterno destrozado: “Al fin escribo desganadamente con letra grande: “Cementerio de coches. Burgos” (Martín Gaité, 196). No obstante, lo apuntado en el diario se asemeja a la vigilia y se acaba desvaneciendo.

El libro de Todorov *Introducción a la literatura fantástica* está presente durante toda la narración. Al comienzo cuando la autora describe la habitación se centra en este libro, que “habla de los desdoblamientos de personalidad, de la ruptura de límites entre tiempo y espacio, de la ambigüedad y la incertidumbre” (Martín Gaité, 97).

En la narrativa de los años 70 se recupera el género fantástico. En el caso de *El cuarto de atrás* la memoria se reconstruye mediante la fantasía. Lo fantástico según Todorov se encuentra unido a la vacilación. La narradora aplica a su relato “la ambigüedad, la extrañeza, el desafío a la incertidumbre, los desdoblamientos de la personalidad y las diferencias entre el tiempo y el espacio de la vida sobrenatural frente a los de la vida cotidiana” (Teruel, 21). La autora se siente extraña en lo cotidiano. El hombre de negro afirma que la sensación de extrañeza en los textos literarios es lo más logrado: “lo verdaderamente esencial es atreverse a desafiar la incertidumbre y el lector siente que no puede creerse ni dejarse de creer lo que vaya a pasar en adelante” (Martín Gaité, 127).

Este hibridismo genérico es estudiado por varios críticos: “La compaginación de lo fantástico, de la memoria dialogada y de la metaficción será una de las singularidades de los efectos demoledores y narcóticos del franquismo en la vida cotidiana” (Teruel, 19).

En el libro hay referencias metatextuales a las revistas del corazón (*Lecturas*), la canción popular (Concha Piquer), las telenovelas, la crítica literaria o el cine, lo que dota al texto de un carácter poliédrico. El género de la novela rosa se introduce también en los recuerdos y gustos de la autora: “Cuánto me gustaban las novelas rosa” (Martín Gaité, 114). Según Quintana Cocolina “la autora emplea el de la novela rosa para canalizar su crítica y rechazo a la educación sentimental y de comportamiento recibida por la mujer a través de la literatura” (417).

El hombre de negro y sus preguntas introducen un tono metanarrativo, puesto que la autora hace alusiones a sus propias creaciones: “mi primera novela era bastante misteriosa”, es la respuesta que da la protagonista al hombre de negro cuando éste le pregunta si le gusta la literatura de misterio. Se refiere a la obra *El balneario*, Premio Café Gijón en 1954.

También cita de manera indirecta a autoras como Carmen Laforet, y en este recuerdo se mezcla la frivolidad de su atuendo con la profundidad de su obra: “recuerdo que cuando le dieron el primer Premio Nadal a una mujer, lo que más revolucionario me pareció, aparte del tono desesperanzado y nihilista que inauguraba con su novela, fue verla retratada a ella en la portada del libro, con aquellas greñas cortas y lisas” (Martín Gaité, 144).

El teatro era una de las aficiones de la narradora: “A mí ir al teatro era lo que más me gustaba de todo lo que hacíamos en Madrid” (Martín Gaité, 162). El comienzo del capítulo sexto simula a un escenario: “me acerco a la puerta, sin hacer ruido, y asomo un poquito la cabeza, amparándome en la cortina, como si observara, entre bastidores, el escenario donde me va a tocar actuar enseguida” (Martín Gaité, 244). Recuerda también en ese capítulo la primera vez que acudió al teatro Liceo de Salamanca para acudir a la representación de un entremés de Cervantes.

La obra posee una estructura circular, los últimos párrafos vuelven al comienzo. La narradora, tras regresar a la vigilia despertada por su hija vuelve a la cama y en vez del libro de Todorov hay una serie de folios con el título de *El cuarto de atrás*. El círculo se cierra y se vuelve a abrir, porque al sumergirse en el sueño se vuelve a la imaginación y a la escritura.

La mujer. El hombre de negro

En la novela se narran las dificultades de la mujer para viajar, sobre todo sin tener hecho el Servicio Social. En sus recuerdos se nombran los modelos de mujer de la época, estereotipos procedentes de las novelas rosa, o bien a otras mujeres que no se ajustaban al molde y desafiaron las normas, sobre todo actrices (Greta Garbo).

En el capítulo tercero la narradora describe uno de los oficios típicos de las mujeres de la posguerra, el de modista. Si no se obtenía prestigio se quedaban en simples costureras: “solían alternar su labor en su propia casa con jornadas malpagadas en domicilios particulares” (Martín Gaité, 159).

La madre de la protagonista nunca la educó para ser una mujer dedicada a las tareas domésticas: “siempre me alentó en mis estudios” (Martín Gaité 170). Cualquier deseo de emancipación era desterrado o criticado, la mujer debía dedicarse de modo abnegado al hogar. Ella se rebela contra ese estereotipo de mujer: “también me puse en guardia contra la idea del noviazgo como premio a mis posibles virtudes prácticas” (Martín Gaité 174).

Recuerda la narradora en varios pasajes las críticas recibidas por ir de paseo acompañada de hombres que no eran sus novios, sino amigos, y por desafiar las normas sociales: “Me parecía horrible que alguien pudiera decir de

mí que era una fresca (....) la frescura era un atributo tentador y ambiguo de libertad, igual que su pariente la locura” (Martín Gaité, 199).

En otros momentos se alude al mundo de la marginación y de la prostitución, de mujeres alejadas del ideal y del modelo doméstico imperante. Es un mundo “donde no campeaba lo leal ni lo perenne, eran escombros de la guerra” (Martín Gaité, 224). Son mujeres de barrios degradados, de belleza ojerosa, anónimas, que exhiben su deshonra y andan por la vida dando bandazos.

El hombre de negro posee reminiscencias literarias, recuerda a Mefistófeles o a un personaje de novela fantástica, o incluso de novela rosa: “la narradora lo mirará con los ojos de la novela rosa, dado su carácter protector” (Teruel, 40). Es un interlocutor cuyas preguntas ayudan a la narradora a construir su historia.

El hombre de negro tiene un papel narrativo importante, puesto que la narración se construye mediante el diálogo con él. Parece que la novela “es un contrapunto entre las palabras de la protagonista y sus pensamientos, que marca la distancia entre lo que se dice y lo que se quería decir” (Teruel, 23). El texto se constituye como un diálogo de la narradora consigo misma. Existe además una búsqueda del interlocutor, configurando así al hombre de negro como narratario, “cuyo sombrero literal y figuradamente servirá como pisapapeles del texto que estamos leyendo” (Teruel, 26).

La irrupción del hombre en el cuarto de la protagonista acentúa lo onírico y posee reminiscencias de *La metamorfosis* de Kafka, puesto que justo antes de abrir la puerta “aparece una cucaracha desmesurada y totalmente inmóvil” (Martín Gaité, 104).

Conclusiones

La novela *El cuarto de atrás* es uno de los principales textos narrativos de los años 70. La narradora explora temas como la memoria, la imaginación y la escritura mediante el diálogo de la protagonista con el misterioso hombre vestido de negro. El cuarto de atrás, como espacio simbólico, se convierte en un lugar donde lo íntimo y lo fantástico se entrelazan para dar forma a una narrativa profundamente personal y liberadora. Desde el punto de vista genérico destaca por la combinación de rasgos del género fantástico, la autoficción y las referencias metaliterarias, así como una reflexión sobre el poder de la literatura

para reconstruir la identidad y resistir al olvido. Martín Gaité invita al lector a participar en el juego de la escritura, a transitar por los pasillos de la memoria y a internarse en nuevas posibilidades de narrar.

Bibliografía

Martín Gaité, Carmen, *El cuarto de atrás*, ed. de José Teruel, Madrid, Cátedra, 2024 (14ª ed.).

Martinell Gifre, Emma, *El mundo de los objetos en la obra de Carmen Martín Gaité*, Universidad de Extremadura, 1996.

Quintana Cocolina, Carmen, “Análisis Crítico del Discurso con Perspectiva Feminista de la discriminación de la mujer en *El cuarto de atrás*”, *Investigaciones Feminsitas*, 13 (1) 2022, págs. 411-421

Ruth Montañó, Alba, “La novela autobiográfica de Carmen Martín Gaité”, *Cuadernos de Literatura*, Vol. 7, Nº. 13-14, 2001, págs. 209-215